

# Ayudando a cargar el muerto

Carlos Morales

El pobre director de la Escuela de Periodismo, que tanto ha sufrido estos días en horrible silencio, se dio plena cuenta de la desintegración que reinaba en las cátedras de Práctica Periodística, las cuales constituyen el eslabón más importante de acercamiento entre la academia y la profesión.

A principios de 1971, contando ya con mi inservible cartón de Bachiller en Periodismo, me nombró coordinador de esas cátedras, a fin de relacionarlas e imprimir un mayor grado de ejercicio profesional a los estudiantes. Don Pepe, que impartía una de ellas, gustaba en sus lecciones hablar de literatura y de política, y aunque se me hacía agua el cerebro por sentarme a escucharlo, le pedí su consentimiento para introducir un poco de praxis en su clase. El me lo concedió gustoso, pero, para sorpresa mía y seguro de los alumnos, me puso a informarles sobre algunos libros heroicos; lo cual, evidentemente, no era tema para esa lección.

Don Pepe tiene su criterio de que para formar periodistas es necesario administrarles un gran baño cultural —en lo que estoy plenamente de acuerdo— y sé que él lo estaba haciendo a las mil maravillas durante sus conferencias; pero yo, por mi parte, pensaba que esa ducha de cultura universal debería impartirse en Historia de la Cultura, en Temática Cultural, en Literatura Universal, o en cualquier otra asignatura, excepto en la de Práctica Periodística, que estaba precisamente destinada para que los muchachos practicasen.

Está bien que los jóvenes conozcan todo el proceso cultural en sus más prístinos detalles; está bien que el profesor, con la capacidad dialéctica y expositiva de don Pepe, llegue una mañana sí y otra también, a improvisar dos horas sobre Descartes, inspirado por los tipos "cogito ergo sum", que un alumno grabó en el encerado; está bien que un profesor hable tres semanas sobre la revolución rusa y que pase de Kerenski hasta Stalin sin menospreciar ninguna refriega bolchevique; e incluso, está bien que un profesor les pida a sus alumnos un resumen de García Márquez, de Vargas Llosa, o de qué sé yo... Pero lo que no está bien, a mi acartonado parecer, es que todo eso se haga en una cátedra de laboratorio, de Práctica Periodística, cuyo mismo título obliga a enseñar las técnicas del oficio.

Eso era lo que yo pensaba del asunto antes de que lo llamaran "afer", y si alguna vez lo discutí en conversación privada, jamás moví el dedito —como dice don Pepe de otro muchacho— para que el escritor cayera.

Prueba de mi admiración sincera y amistad lejana con don Pepe, fue la de que a mediados del año lo escogiera, entre otros muchos profesores, como miembro del jurado calificador de mi tesis; de la que por cierto no quiso aceptar un ejemplar bajo ninguna razón, cometiendo otro más de sus errores; yerros que uno por joven perdona a los mayores.

Jamás tuve deseos de que don Pepe se fuera de la Escuela, como él parece insinuarlo en su artículo número 1, donde dice que alguien deseaba su puesto; por el contrario, como creía que su capacidad debería aprovecharse en otra cátedra, sin ningún resquemor lo propuse ante el Consejo de Profesores como Profesor Honorario de la entidad, moción que desgraciadamente fracasó por una razón de reglamentos.

Ya desde el año pasado poseía una cátedra universitaria, así que no tenía ningún interés de serrucharle el piso a don Pepe para abanicarme como profesor. Sé los sacrificios que ese cargo significa cuando uno prepara programas y planea las lecciones y no tenía ninguna prisa por saborear el jugosísimo salario de \$140 mensuales, —menos los rebajos de ley— por sudarme la chaqueta con inefables hermenegildos o alumnos sobresalientes como Guillermo Fernández, a quien en forma tan burda viene atropellando don Pepe con esa misma lanza que día a día se le hunde más y no tiene otra causal que su impertinente "no me da la gana".